

CONTRA LA IDEOLOGÍA DE INTERNET

José Antonio de la RUBIA GUIJARRO

Evgeny Morozov, *El desengaño de internet, Los mitos de la libertad en la red*, Ed. Destino, Barcelona, 2011, trad. Eduardo G. Murillo, 429 páginas.
Serge Champeau y Danniell Innerarity (comps.), *Internet y el futuro de la democracia*, Ed. Paidós, Barcelona, 2012, 234 páginas.

La creación y desarrollo de Internet no es sólo un hito tecnológico sino que se ha convertido en el fenómeno sociocultural más importante de nuestro tiempo. Era inevitable, por tanto, que se empezara a analizar en clave política. Sin embargo, si se realiza una primera aproximación superficial al tema sólo encontraremos textos apologeticos. Baste como ejemplo el libro de Diego Beas *La reinención de la política, Obama, Internet y la nueva esfera pública*¹. Las tesis apologeticas se podrían resumir diciendo que el futuro de la democracia pasa por la Red. La base de estas ideas estriba en considerar que la información es un engranaje fundamental en las estructuras del poder o, más concretamente, del dominio. La información es poder, por eso el poder la controla y es controlado por ella. La vieja democracia no era “real” porque se sustentaba en unos medios de comunicación “tradicionales” (prensa, radio, televisión, publicidad...) que modelaban la opinión pública al servicio de los intereses externos de gobiernos, oligarquías financieras, militares, *lobbies*, etc. Es el viejo postulado de la “manufactura del consenso” que teorizó magistralmente Walter Lippmann² a principios del siglo XX y que autores como Noam Chomsky han llevado al paroxismo³. Para esta metodología de la sospecha, los medios de comunicación de masas no sólo no eran una correa de transmisión entre la ciudadanía y el gobierno sino justamente lo contrario: una barrera que separaba a la opinión pública del poder ya que actuaban “verticalmente”, de arriba a abajo, como un mecanismo de control. La habermasiana “democracia deliberativa” nunca se implementó de hecho porque los *mass media* desinformaban *deliberadamente* hurtando el auténtico “diálogo” racional entre gobernantes y gobernados.

1. V. Diego Beas, *La reinención de la política, Obama, Internet y la nueva esfera pública*, Ed. Península, Barcelona, 2011. Otros ejemplos de textos apologeticos podrían ser los siguientes: Manuel Castells, *Comunicación y poder*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, Mario Tascón Ruiz y Yolanda Quintana Serrano, *Ciberactivismo*, Ed. Libros de la Catarata, Madrid, 2012, César Ramos, *#Democracia Hacker*, Algón Editores, Granada, 2013, etc.

2. V. Walter Lippmann, *La opinión pública*, Ed. Cuadernos de Langre, Madrid, 2003.

3. V. Noam Chomsky y Edward S. Herman, *Los guardianes de la libertad, Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas* (el título original es *Manufacturing Consent*), Ed. Crítica, Barcelona, 2009. *Vid.*, también Noam Chomsky, *La propaganda y la opinión pública, Conversaciones con David Barsamian*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002.

Diego Beas documenta minuciosamente cómo el entonces candidato Barack Obama, en la campaña presidencial de 2008, incorporó esas tesis en su programa electoral, atrayendo a los sectores sociales más relacionados con las nuevas tecnologías de la información. Obama pretendía hacer con la política lo que *Google* había hecho con la información, extenderla y hacerla accesible y transparente. Ya no se trataba, por tanto, de limitarse a votar y luego desentenderse de los asuntos públicos sino de participar activamente a golpe de ratón. Incluso podrías mandarle *e-mails* al presidente. Según Beas, esa estrategia resultó fundamental en el éxito del político demócrata. Obama no es sólo el primer presidente negro de la historia de EEUU sino el primer “presidente de Internet”. Como se habrá dado cuenta el lector, *La reinención de la política* se publicó antes de que apareciera en escena el señor Edward Snowden.

Frente al apollado modelo de hacer política, Internet en general (y las “redes sociales” como *Facebook* o *Twitter* en particular) se interpreta como un modelo de utopía informacional donde cualquier usuario puede transmitir y acceder a contenidos. Se trata de una especie de nuevo macluhanismo cibernético fascinado por el medio, al que se considera configurador del mensaje. La Red “funciona en red”, es horizontal, abierta, omnicomprendiva, (casi) incontrolable y posibilita que se manifieste esa voz del pueblo que la vieja democracia y sus medios lacayos nos estaban ocultando. Todos los discursos apologeticos, en el fondo, no son más que variaciones en torno al tema de la democracia directa: la *Democracia 2.0* o “ciberdemocracia”⁴. A diferencia de las obsoletas urnas, el ciberespacio ya no tiene como *télos* la generación de una representación política que muy pronto se desgajará y dará la espalda a las preocupaciones e intereses de su soberano sino que en ese espacio virtual está alojado *el propio pueblo*, en sustancia, sin representaciones y en tiempo real. Para esa forma de análisis las redes sociales estarían posibilitando algo así como un nuevo contrato social: el “ágora virtual” facilita la existencia una verdadera interacción dialógica ya que ninguna voz, especialmente ninguna voz disidente, puede quedar al margen. Así se resalta una supuesta causalidad decisiva de estas nuevas formas de comunicación en movimientos sociopolíticos revolucionarios/reformistas como la “primavera árabe”, *Occupy Wall Street* en Estados Unidos, *YoSoy132* en México o nuestros hispánicos *15-M* o *25-S* (o la nueva fecha que tenga para cuando el lector esté leyendo estas páginas). No es sólo que esos movimientos se manifiesten en las redes sino que “las redes” son una parte no desdeñable de su discurso. No obstante, aunque la Red se presenta de forma parecida a una comunión de los santos virtual/global, bidireccional, solidaria, no jerárquica, alternativa y no excluyente, autores como Diego Beas focalizan en ella a una suerte de “ilustración internáutica” cuyas características serían la juventud, la ausencia de prejuicios, la diversidad étnica, el vanguardismo tecnológico, el rechazo de los medios de comunicación del *establishment* y, so-

4. *Vid.*, por ejemplo, los trabajos de investigación del grupo del comunicólogo Víctor Sampedro, en <http://www.ciberdemocracia.net/>.

bre todo, la asunción de las viejas ideas de libertad, progreso y emancipación⁵. Manuel Castells ejemplifica a esta nueva élite en la figura del libertario *hacker*, un superhéroe activista dotado de un arma tecnológicamente poderosa y avanzada para derrotar al capitalismo⁶. Internet es la nueva utopía o la nueva ideología de progreso: “Efectivamente”, dice Vicente Verdú, “no sabemos cómo se ordenará todo esto, pero el nuevo orden se hallará en el patrón de la red. Internet no es una opción, es el nuevo espacio necesario”⁷. Contra *La Crisis* nada como *La Red*.

Por el contrario, si no nos conformamos con ese discurso epidérmico podremos encontrar nuevos textos críticos y disidentes, esta vez ya no tanto con el poder como con la propia Internet o, mejor dicho, textos críticos con *la ideología internáutica*. Desde nuestro punto de vista, el autor imprescindible para despertarnos del sueño cibernético es Evgeny Morozov. Morozov (1984) es un joven politólogo norteamericano de origen bielorruso que ha alcanzado mucha notoriedad con sus análisis críticos y documentados del fenómeno Internet (se puede leer regularmente una columna suya en el diario *El País*). La tesis central de su libro *El desengaño de Internet (The Net Delusión)* es que la democratización del acceso a la información no implica una democratización de la sociedad. Según Morozov, las democracias están bajando la guardia en la extensión mundial de los derechos humanos porque están aplicando erróneamente el mismo esquema que utilizaron en la derrota del comunismo: el aumento de la información conlleva una disminución del autoritarismo. En los tiempos de la guerra fría, por ejemplo, se introducían fotocopiadoras en los países del Este con el fin de distribuir clandestinamente literatura *samizdat*, subversiva, porque se consideraba que esos textos abrirían los ojos y despertarían la conciencia crítica de la población. Hoy los apologistas de la red piensan que basta con que todo el mundo esté conectado para que el autoritarismo caiga por su propio peso y por ello “el único lugar donde Occidente (sobre todo Estados Unidos) se muestra descaradamente ansioso por promocionar la libertad [es] el ciberespacio”⁸. Pero no es así, y para demostrarlo Morozov estudia de una forma documentadísima y apabullante cómo están actuando los actuales “autoritarismos florecientes” de Irán, China, Venezuela o las exrepúblicas soviéticas con respecto a Internet. La conclusión es que la Red no sólo no ha significado un virus destructor para esos regímenes sino que, por el contrario, ha aumentado su poder y sus posibilidades de control de la población y eliminación de la disidencia, todo ello sin tener que esforzarse demasiado.

5. Beas los denomina “la generación del milenio”: “Se trata de una generación que no sólo domina estas nuevas plataformas, sino que rompe también con muchos de los patrones de las generaciones anteriores: étnicamente es la más diversa de la historia, cuenta con más miembros y, en parte influenciada por el temprano acceso a la tecnología, es más abierta y está más dispuesta a experimentar nuevas herramientas y formas de comunicación” (*op. cit.*, pág. 130).

6. Así dice: “Se ha demostrado que las raíces culturales de Internet están en la cultura de la libertad y en la cultura específica de los hackers” (*op. cit.*, pág. 176).

7. *Vid.*, Vicente Verdú, *El capitalismo funeral, La crisis o la Tercera Guerra Mundial*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2009, pág. 178.

8. *Vid.*, Evgeny Morozov, *op. cit.*, pág. 17.

Y es que Internet, como toda utopía, tiene sus inconvenientes. Ha destruido la dicotomía público/privado, nos ha expuesto y convertido en vulnerables. Ya no es necesario poner micrófonos en las casas, la labor de espionaje la puede realizar un sencillo programa de ordenador. Para colmo, el aumento cuantitativo de la información no ha significado en absoluto un aumento de su calidad. Internet está llena de *basura* y ha devenido, según Morozov, en un verdadero “opio del pueblo” justamente al extenderse su uso a capas más amplias de población. En la *nube* estamos ya casi todos y no sólo las vanguardias críticas con los agentes dominantes. Morozov alerta contra el excesivo entusiasmo de lo que denomina “Internet-centrismo”, “ciberutopismo” o “solucionismo”. Esas ideologías están identificando el progreso tecnológico con el político porque no caen en la cuenta de que el mero acceso a la información no basta si no actúan también criterios normativos. Embriagados por la libertad y la “bidireccionalidad”, los ciberutopistas no son conscientes de que lo primero que ha hecho Internet es arrasar con un montón de derechos. Morozov amplía su análisis a temas sociales en su más reciente ensayo *To Save Everything Click Here*⁹. En ese libro se disecciona, por ejemplo, el asunto de las “descargas” de música o cine (un auténtico estandarte de libertades para la ideología internáutica) y su vulneración del derecho a la propiedad, o cómo no existen actualmente defensas posibles frente a ataques a la intimidad, así como la difamación, el insulto o la maledicencia, favorecidas por la irresponsabilidad del anonimato. A todo el mundo le caen muy simpáticos los “piratas”... salvo a sus víctimas. La Red es cuantitativa, no cualitativa, no hay que confundir la verdad con la “viralidad”. Los algoritmos de *Google* no son tan objetivos como aparentan y están tan sometidos a intereses ideológicos y comerciales como los viejos medios de comunicación.

Morozov nos invita a no extender el ciberutopismo hacia el futuro. No sabemos cómo evolucionará Internet, pero “[s]i resulta que internet contribuye a sofocar la disidencia, ampliar las desigualdades existentes en materia de acceso a los medios, socavar la democracia representativa, promover la mentalidad populista, erosionar la privacidad y robarnos información, no se ve muy claro cómo la promoción de la llamada libertad en internet contribuirá a la democracia. Por supuesto, también puede ser cierto que internet no hace nada de todo eso. Lo importante es reconocer que el debate de los efectos de internet sobre la democracia no ha terminado, y evitar comportarse como si el jurado ya hubiera llegado a una decisión”¹⁰.

Para profundizar en ese debate recomendamos la lectura de los trabajos producidos por un seminario hispano-francés dirigido por Daniel Innerarity y Serge Champeau: *Internet y el futuro de la democracia*¹¹. El libro está dividido en cuatro bloques donde se analizan, respectivamente, las nuevas prácticas democráticas,

9. Vid., Evgeny Morozov, *To Save Everything Click Here, Technology, solutionism and the urge to fix problems that don't exist*, Allen Lane 2013.

10. Vid., Evgeny Morozov, *El desengaño de internet*, op. cit., pág. 308.

11. Serge Champeau y Danniell Innerarity (comps.), *Internet y el futuro de la democracia*, Ed. Paidós, Barcelona, 2012.

la reconfiguración de las fronteras entre la vida privada y la pública, cómo está afectando Internet a los viejos medios de comunicación como el periodismo y cuál es el futuro de toda esta historia. La mayoría de los textos son de carácter crítico pero, a la vez, muy expositivo. El artículo del propio Innerarity que abre el libro señala concisa pero muy agudamente los peligros de la Red. Así, el determinismo tecnológico ignora que las tecnologías se implantan en marcos sociales que condicionan sus efectos, las personas se apropian de la tecnología a su manera, la descentralización del poder no implica calidad democrática, no sólo los gobiernos censuran sino también muchos agentes que actúan en las redes y esa censura no sólo es política sino eminentemente comercial. No es una cuestión de contenidos, dice el filósofo vasco, sino de protocolos, la influencia de la red está en el marco, Internet tiene unas grandísimas posibilidades pero no puede sustituir a las instituciones, que han de ser fuertes¹². Por lo que respecta a los efectos de Internet sobre la distinción público/privado y sus daños sobre los “derechos de la personalidad” es excelente el artículo de Pedro A. De Miguel Alonso: “Internet, vida privada y redes sociales: Nuevos retos”. La distribución de la información por la Red de forma cuantitativa pero no cualitativa se explica en el muy técnico trabajo de Dominique Cardon, “El bazar y los algoritmos. Una tipología de la competencia de las métricas de la información en la web”, ahí se nos cuenta que en Internet también actúan muchos filtros, con la salvedad de que “[l]a web publica y después filtra, cuando los medios tradicionales filtraban antes de publicar”¹³.

Pero no podemos terminar sin al menos referirnos a la aportación de Javier Echeverría “¿Democracia en internet?”. Echeverría ha sido un lúcido pionero en el estudio de la sociedad de la información, con libros como *Telépolis*¹⁴ y *Los Señores del Aire: Telépolis y el Tercer Entorno*¹⁵. El discurso de Echeverría no es utópico sino realista y, como buen realista, tampoco ignora las grandes posibilidades que para la democracia suponen las autopistas de la comunicación. Pero eso no ocurre hoy en día. En la Red aún somos súbditos, no ciudadanos, sometidos al nuevo feudalismo de los “señores del aire”, es decir, los dueños de la Red. Internet no será verdaderamente democrática hasta que no esté regulada globalmente por una

12. Podemos contrastar este análisis con el utopismo de Manuel Castells. Castells, por ejemplo, cuenta que abandonó las comisiones internacionales dedicadas a Internet porque “[h]e llegado a la conclusión (lo que obviamente me ha conducido a retirarme de todos estos organismos, incluidos los relacionados con Naciones Unidas) de que la preocupación fundamental de la mayoría de los gobiernos es establecer normas para controlar Internet y encontrar mecanismos para ejercer este control según el modelo tradicional de ley y orden” (en *Comunicación y poder*, *op. cit.*, pág. 54). Pero ese “viejo modelo” era el de los derechos. ¿Se nos está diciendo que siglos de avances en el ordenamiento normativo de la libertad no sirven para Internet? ¿Es Internet no un contrato social sino un estado de naturaleza?

13. *Vid.*, Dominique Cardon, “El bazar y los algoritmos. Una tipología de la competencia de las métricas de la información en la web”, *Ibid.*, pág. 222.

14. *Vid.*, Javier Echeverría, *Telépolis*, Ed. Destino, Barcelona, 1994.

15. *Vid.*, Javier Echeverría, *Los Señores del Aire: Telépolis y el Tercer Entorno*, Ed. Destino, Barcelona, 1999.

especie de “Carta Magna” normativa. En efecto, tienen razón los ciberutopistas en que las redes pueden otorgar poder a los débiles que no lo tenían, pero también se lo ha otorgado a quienes no lo merecían y, desde luego, no ha debilitado a los agentes que ya eran poderosos en el mundo real y no virtual. Sin embargo, no hay libertad sin límites, sin normatividad, y el verdadero desafío es aplicar a dicho mundo virtual los avances morales, jurídicos y políticos que, con mayor o menor fortuna, ya se intentaban aplicar en el mundo real.